

Greta

Margarita Peña

*¡Ay, prendas de la más amada pastora
que humanos ojos pudieron ver...*

Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana*

Antes de lanzarme a la conquista de Giordano (porque eso va a suceder, es ya), volviendo a mis orígenes no puedo omitir un recuerdo, al menos, de Greta. Al regresar a mi habitación del Edén me puse a reflexionar. Antes que otra cosa, debiera quizás explicarme a mí misma el porqué de mi rechazo, no premeditado, a esos dos ejemplos lamentables del ímpetu femenino: Laura e Ysmenia, que me asaltaran literalmente, una en el bar del hotel, la otra en el balneario. Y elaborar una especie de “coda” a lo sucedido.

La verdad es que ambas me recordaron, de un modo u otro, a Greta, mi hermana menor, y un incidente perdido en la memoria de la adolescencia:

Fue una noche en que llovía, cuando Omar y yo escuchábamos el *Concierto italiano* de Bach en la sala de mi casa, acompañados de Greta y Mane, un chico alto y bien plantado, eterno pretendiente de Greta. De repente vimos surgir ante nuestros ojos, saliendo de una caja de cartón que Mane cargaba, rebotando sobre la alfombra, algo así como un ser del pleistoceno. Seré breve. Se trataba de un curioso animal que luego bautizaríamos como Plácido, el que para nuestro estupor, brotó de la caja y saltó a nuestros pies. Una bola con caparazón queratinoso como abanico a medio desplegar, panza rosada con pelos rojizos, patas arratonadas, puntiaguda cola. Greta, feliz, agradeció a Manuel el regalo (porque era un regalo) y la sorpresa con un sonoro beso... en sol mayor. Se estiraba ella, espigada y linda como una *ballerina*, como se veía con el vestido color azul, para alcanzar la mejilla del muchacho, agitando la brillante y cuidada melena cobriza entre gritos y risas. Omar y yo, sentados en el sofá, repuestos apenas de la sorpresa, tomados de la mano, atentos, intentábamos seguir escuchando el concierto; apenas si pudimos alzar las piernas para que “eso” pasara debajo cual flecha, escapando atemorizado hasta el fondo de la casa, hasta la cocina. Risas agudas y otro abrazo a Mane. Y el ceño fruncido de Omar. Greta coleccionaba admiradores como perfu-

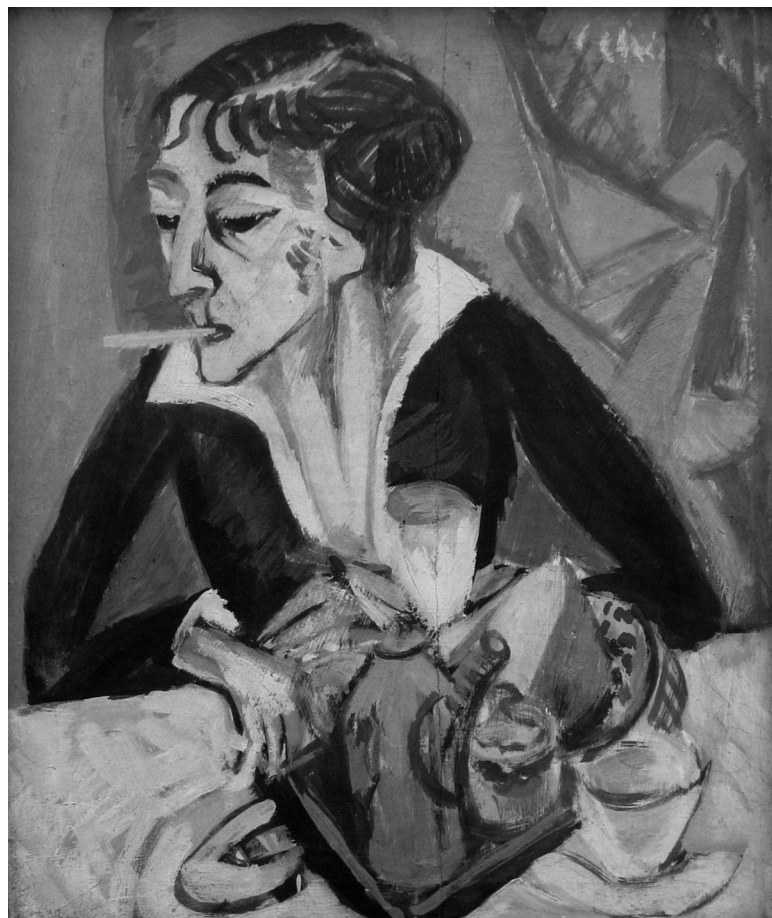
mes. Yo, sólo un novio que solía perorar sobre política durante horas y leía a Nietzsche: un do menor profundo. Cadencias del clavecín: Bach, Brandenburg y más risas. Después se hizo de noche, ellos se despidieron y nosotras subimos a dormir. Greta, levitando en la quimera de la paleontología, la zoología, la botánica, sus pasiones, y el extravagante obsequio de su pretendiente. La asustada bola rojiza, sitiada en algún recoveco de la amplia cocina. Yo, inquieta por el adiós desabrido de Omar. Cerca de las diez llegó papá, el respetable licenciado Dávalos. Tremendo susto se llevó al ir por su vaso de



Ernst Ludwig Kirchner, *Dos mujeres*, 1918



Ernst Ludwig Kirchner, *Mujer y espejo*, 1918



Ernst Ludwig Kirchner, *Ema*, 1930

leche de costumbre y toparse con “eso”, cuando abrió de golpe la puerta de la cocina. “Eso” rebotó hasta el patio, fue a dar al *garage* y se escondió bajo el motor del auto que aún trepidaba. A lo largo de la noche escuché desde mi habitación el tac-tac continuo del tieso rabo sobre los mosaicos en una ronda alucinante. Al día siguiente, lo divisé trasegando las plantas, hundiendo el hociquillo en las raíces de los geranios, recorriendo hacia arriba y hacia abajo la tapia del jardín: concentrado, solitario, indefenso. Sentí ternura. Lo llamé Plácido. Omar, malhumorado, había amenazado con no volver hasta que “eso” se fuera. Pero no sufrí demasiado porque Leopoldo, pasante de biología y novio formal de Greta, se ofreció a llevarse a Plácido a escarbar en su jardín de Tlacopac. Mi madre respiró de alivio por sus rosales.

Plácido se volvió anécdota de sobremesa que nos hacía reír alborozadas, mientras papá, mamá y el severo Cornelio sonreían apenas y tomaban el postre. Mamá, sobre todo, que durante el tiempo en que Plácido se adueñó del jardín no dejó de temer por la integridad de sus esmeradamente cuidadas rosas. Omar dejó de visitarme por un tiempo. Yo me aburría, no me atrevía a buscarlo, temía lo peor. Mi madre, en su amable autismo, me consolaba; “déjalo, déjalo, ya volverá...”. En una palabra, lloraba yo por él. La verdad es que detesté a Mane; a Greta y sus aficiones zoológico-paleontológicas. Pero no al bueno de Plácido...

Algo después, entrado el otoño, Polo hizo un sábado su aparición triunfal en la sala de nuestra casa (que acogiera a la criatura prehistórica) pregonando el delicioso sabor de los platillos exóticos. Delirante casi, cargaba bajo el brazo, bellamente envuelta en celofán, una lustrosa bolsa de armadillo, que colocó ceremoniosamente a los pies de Greta en esa su fiesta de cumpleaños. Ella la recibió con un alarido de *grand finale* y casi, casi se desmayó.

Hasta aquí el recuerdo.

Greta murió tiempo después. Mi única hermana: un ser sensible que pintaba pequeños óleos y habría querido dedicarse al ballet, los armadillos y el mundo idílico de las plantas; una mujer delicada y un tanto lejana, inalcanzable, hacia la que tuve sentimientos ambivalentes. No lo pude evitar... Una delicada orquídea.

Era evidente que Ysmenia y Laura —antiguas, muy antiguas amigas— con sus modos intrusivos, invadiendo mis momentos privados en la sosegada calma de Ardenia y su balneario, mis meditaciones y proyectos respecto a Giordano, se parecían en algo a Greta —reflejo de mí misma en el cristal, mi mitad—, y lo cerca que por ella estuve de perder a Omar. No sucedió así, aunque luego lo perdiera definitivamente. Y Greta también se fue. **U**

Fragmento de *Gran Hotel Edén*.